



DISCURSO ANTE EL CONGRESO DE FORMACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

[Los últimos dos meses de vida de Rosa Luxemburgo fueron de esfuerzo físico y mental casi ininterrumpido. Siendo una de las principales dirigentes de la ola revolucionaria que barría Alemania, tuvo poco tiempo para descansar y recuperarse de los duros años de prisión.

[El periodo que va del 9 de noviembre de 1918 a mediados de enero de 1919 fue de continuo fermento revolucionario, con muchas alzas y reflujos. En movilización tras movilización, cientos de miles de obreros ganaron la calle para protestar por cada medida del gobierno contra sus organizaciones o partidarios. Día tras día se celebraban mítines masivos con miles de asistentes, a medida que las masas y los soldados que regresaban de la guerra se volvían al gobierno para exigir satisfacción. Era una situación muy parecida a la de Rusia en los primeros meses de 1917, luego de la Revolución de Febrero.

[El 9 de noviembre, día en que cayó la monarquía, se planteó inmediatamente el problema: “¿Quién gobernará a Alemania?” El PSD y el PSDU iniciaron inmediatamente las negociaciones para formar un gobierno. El PSDU, en retribución por la generosa oferta de una representación paritaria, retiró sus consignas más radicales, y se instauró un Consejo de Comisarios del Pueblo de seis miembros, tres por el PSD y otros tantos por el PSDU. Inmediatamente llamaron a la elección de una asamblea nacional, a celebrarse lo antes posible.

[La liga Espartaco, que funcionaba como fracción organizada dentro del PSDU, denunció el Consejo de Comisarios del Pueblo, negándose a integrarlo. Llamó, en cambio, a pasar todo el poder a los Consejos de Obreros y Soldados. Sin embargo, el Consejo de Obreros y Soldados de Berlín se reunió el 10 de noviembre y reconoció el poder ejecutivo nacional provisional de los seis comisarios del pueblo, sin definir su propio papel y autoridad.

[La generalidad de los Consejos de Obreros y Soldados formados en noviembre estaban dominados por el PSD o por soldados y civiles sin filiación política, con ciertas tendencias conservadoras. El PSDU controlaba varios consejos y tenía una minoría importante en casi todos. Espartaco sólo controló unos pocos y por poco tiempo, en Brunswick y Stuttgart. La debilidad organizativa de Espartaco se puso de manifiesto en la Conferencia del Reich de Consejos de Obreros y Soldados, celebrada a mediados de diciembre en Berlín. Allí ni

siquiera hubo un bloque espartaquista organizado, aunque la organización decía tener diez delegados. El PSD tenía 288 delegados y el PSDU ochenta.

[Durante noviembre y diciembre Espartaco llamó reiteradas veces a nuevas elecciones en los Consejos de Obreros y Soldados, en un intento de romper el control de las fuerzas conservadoras que pesaban sobre ellos y hacerlos más representativos de la creciente radicalización de las masas. Pero en la mayoría de los casos dichos llamados fueron firmemente rechazados, sobre todo en la crucial ciudad de Berlín, y los Consejos entregaron cada vez más su poder y autoridad moral a los dirigentes del PSD, uniéndose en definitiva a ellos para aplastar la revolución.

[Hasta principios de enero los dirigentes espartaquistas creyeron que la ola revolucionaria seguiría en aumento, aunque no contaban con una victoria fácil ni rápida. Pero la relación de fuerzas siguió empeorando para los revolucionarios. Ebert, Scheidemann, Noske¹⁹⁹ y demás dirigentes del PSD estaban decididos a imponer “la ley y el orden” en Alemania, sabiendo perfectamente que eso significaba aplastar a la Liga Espartaco. Estaban dispuestos a recurrir a las fuerzas militares y paramilitares más reaccionarias con tal de suprimir las manifestaciones callejeras, perseguir a los dirigentes, a cuyas cabezas les habían puesto extraoficialmente un precio, tomar los bastiones de la izquierda y liquidar cualquier respaldo que ésta pudiera tener en sectores de las tropas o la policía.

[Luego de una serie de ataques contra las fuerzas de izquierda -enfrentamientos que no resolvieron nada- los miembros del PSDU en el Consejo de Comisarios del Pueblo renunciaron, dejando todo en manos del PSD. A principios de enero el gobierno provisional resolvió tratar de provocar un enfrentamiento militar para destrozarse las fuerzas revolucionarias. Su primera medida fue destituir al jefe de policía de Berlín, Emil Eichhorn, miembro del PSDU, para reemplazarlo con alguien de su confianza. Eichhorn, no obstante, se negó a abandonar el puesto, declarando que él rendía cuentas únicamente al Consejo de Obreros y Soldados de Berlín (que confirmó su destitución un par de días después).

[Una movilización llamada para el 5 de enero en protesta por la destitución de Eichhorn resultó mucho más grande de lo que se había esperado, y se llamó a nuevas movilizaciones para el día 6. Algunas fuerzas de izquierda consideraron que estaba planteado el problema de la toma del poder. Una débil coalición integrada por Espartaco (recientemente constituido como Partido Comunista Alemán-PCA), el PSDU y los Delegados

¹⁹⁹ **Gustav Noske** (1868-1946): socialdemócrata de derecha. Como ministro de asuntos militares fue responsable de la muerte de Luxemburgo y Liebknecht.

Revolucionarios formaron un Ejecutivo Revolucionario, llamando a las masas a proseguir la lucha, derribar a Scheidemann y Ebert, a la toma del poder por el Consejo y otras medidas.

[No queda claro si los representantes del PCA ante el Ejecutivo revolucionario -Liebknecht y Pieck²⁰⁰ - contaban o no con el consentimiento del partido. El biógrafo de Rosa, Paul Frölich, sostiene que no contaban con el apoyo de la dirección partidaria y que particularmente Rosa Luxemburgo censuró a Liebknecht por haber comprometido al partido en la aventura peligrosa de una insurrección condenada a la derrota. En todo caso, pronto resultó evidente que no existían posibilidades de tomar el poder sobre bases tan inseguras, y finalmente el intento no se llevó a cabo. El 10 de enero, con la invasión de la ciudad por las tropas y una creciente ofensiva de las fuerzas paramilitares contrarrevolucionarias, el PCA se retiró formalmente del Ejecutivo Revolucionario, que, en los hechos, ya se había desintegrado. (Miembros del PSDU y de los Delegados Revolucionarios estaban tratando de negociar una tregua con el PSD.)

[Al mismo tiempo, sin embargo, había miles de obreros armados en la calle, y Espartaco consideró que debía permanecer junto a las masas para dirigir las en la acción y no perder contacto con ellas.

[El 13 de enero, las tropas, cumpliendo órdenes del PSD, atacaron el edificio del *Vormaerts* que había sido ocupado por las fuerzas revolucionarias, y asesinaron a la delegación enviada a negociar la rendición. Espías, provocadores y bandas armadas recorrían la ciudad buscando a los dirigentes espartaquistas, contra los cuales se venía montando desde hacía semanas una campaña histérica para lincharlos. Pero Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht se negaron terminantemente a abandonar la ciudad.

[El 15 de enero una unidad militar invadió el escondite mal oculto de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Los llevaron a los cuarteles provisionales de una de las unidades paramilitares que funcionaban libremente con pleno conocimiento, y posiblemente con el respaldo del PSD.

[Liebknecht fue llevado afuera y asesinado “mientras trataba de escapar”. Rosa Luxemburgo murió de un tiro en la cabeza, y su cuerpo fue arrojado a un canal del cual se lo recuperó recién a principios de mayo.

²⁰⁰ **Wilhelm Pieck**: miembro de la Liga Espartaco y dirigente del Partido Comunista Alemán desde su fundación. Pasó los años de la Segunda Guerra Mundial en Moscú. Luego volvió a Alemania Oriental y dirigió el Partido Socialista Unitario, en el gobierno.

[Cuando comenzó la revolución, a principios de noviembre, los dirigentes de Espartaco resolvieron permanecer dentro del PSDU el mayor tiempo posible, para intentar ganar a su base. Rosa Luxemburgo temía perder el contacto con las masas, y tenía la certeza de que ese sería el resultado del intento prematuro de fundar un partido aparte del PSDU.

[Durante los meses de noviembre y diciembre los dirigentes espartaquistas utilizaron todas sus energías para tratar de proveer de una dirección política al movimiento de masas que se agitaba a su alrededor, poniendo la construcción de una organización sólida y disciplinada en un segundo plano en la lista de prioridades. La Liga Espartaco era, en realidad, un grupo de pocos miles de miembros distribuidos por toda Alemania en una federación escasamente centralizada. Si bien los dirigentes espartaquistas de Berlín proclamaron con toda claridad que nada tenían que ver con la dirección vacilante y centrista del PSDU, las líneas demarcatorias entre éste y la Liga tendían a borrarse cada vez más a medida que uno se alejaba de los cuadros dirigentes para adentrarse en las ciudades de provincia y en las propias bases en Berlín.

[Recién después de que la dirección del PSDU se negó terminantemente a convocar a un congreso nacional —temeroso de darles a los dirigentes de Espartaco la posibilidad de ganar un número mayor de partidarios y clarificar las profundas diferencias existentes— recién entonces Espartaco resolvió romper con el PSDU y fundar el Partido Comunista Alemán.

[El congreso de fundación del PC A se celebró entre el 30 y el 31 de diciembre de 1918 y el 1° de enero de 1919, y fue en ese congreso que Rosa Luxemburgo pronunció el que iba a ser su último discurso. En nombre del comité ejecutivo presentó el proyecto de programa que el congreso aprobó. Paul Frölich, integrante también de la dirección de la Liga Espartaco, describe su discurso:

[“La tensión que se produjo en el congreso entre la sobria sabiduría de los dirigentes y la impaciencia revolucionaria de los elementos más jóvenes, cedió inmediatamente [cuando] Rosa Luxemburgo dirigió la palabra al congreso para exponer el programa del partido. Los delegados habían observado con preocupación el esfuerzo tremendo que le costaba a su cuerpo exhausto sobreponerse a las consecuencias del prolongado encarcelamiento, la incesante excitación, la tensión nerviosa y las enfermedades, pero apenas comenzó a hablar, la inspiración obró maravillas y Rosa volvió a ser la de antes. Desapareció toda su debilidad física, volvió su energía y, por última vez, su temperamento apasionado y su brillante oratoria dejaron atónito al auditorio: lo convenció, atrapó, conmovió e inspiró. Fue, para todos los presentes, una experiencia inolvidable.”

[La tensión del congreso que menciona Frölich, y a la que Rosa hace alusión varias veces en el curso de su exposición, se creó en torno a la táctica que debía emplear el PCA ante las elecciones a la asamblea nacional. En su reunión de mediados de diciembre, el Congreso del Reich de Consejos Obreros y Campesinos había aprobado el llamado a elecciones del gobierno de Ebert. El comité ejecutivo de Espartaco propuso que el recientemente formado PCA aprovechara la posibilidad de llegar a millones de personas con la propaganda revolucionaria, participando en las elecciones. Pero la mayoría de los delegados, adoptando una clásica actitud ultraizquierdista, no quería tener nada que ver con las elecciones y el congreso rechazó la resolución del comité ejecutivo por 62 votos contra 23. En una carta a Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo caracteriza a esta votación como fruto de un “radicalismo un tanto infantil, inmaduro y estrecho” de parte de los delegados jóvenes e impacientes, actitud que creía iba a desaparecer rápidamente.

[También discute extensamente el prefacio de Engels a la edición alemana de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx. Su conocimiento de las intransigentes posiciones revolucionarias de Engels la hacía sospechar de la interpretación que predominaba en el PSD de ese prólogo, o al menos rechazarla.

[El prefacio había sido escrito por Engels a pedido de los dirigentes del PSD, quienes temían la promulgación de una nueva ley antisocialista. Pero había un hecho que Rosa, y prácticamente todo el resto del partido, ignoraba: ese prefacio, escrito especialmente para ellos, no había sido del agrado de los dirigentes del PSD, que lo habían distorsionado groseramente. Suprimieron las partes del prefacio donde Engels expone su posición respecto de las formas de lucha ilegales, extraparlamentarias. En carta a Kautsky, fechada el 1º de abril de 1895, Engels protestó por esta distorsión de su pensamiento: “Vi con asombro un extracto de mi introducción en *Vorwaerts*, publicado sin mi aprobación y construido de manera tal que se me presenta como pacífico adorador de la legalidad a cualquier precio. Quisiera tener la satisfacción de ver publicado el escrito completo en *Neue Zeit*, para liquidar esta impresión indigna.” Pero el prefacio inédito no apareció en alemán hasta 1924.

[Es un ejemplo notable de la profunda comprensión del marxismo revolucionario de Rosa Luxemburgo el hecho de que sospechara de ese pasaje y lo considerara incongruente con todo lo que habían defendido Marx y Engels. La historia no tardó en darle la razón.

[También rechazó la división tradicional entre programa “mínimo” y “máximo”, entre las consignas para la acción inmediata y los objetivos postergados para el futuro, considerados irrelevantes en cuanto a la militancia práctica cotidiana. Para ella esa división era uno de los

baluartes del oportunismo del viejo PSD. La formulación de un programa único, que señalara el camino desde el presente hasta el futuro socialista, fue un paso decisivo para darle al PC A una perspectiva verdaderamente revolucionaria y un arma para luchar por las demandas que se pueden realizar bajo el capitalismo y también por las que inevitablemente llevarán a las masas, paso a paso, a la revolución socialista y su concreción triunfante.

[También aparece el viejo tema del folleto sobre la huelga de masas y todos sus demás escritos sobre la Revolución de 1905-1906. Predice una ola huelguística inminente, que pasará de objetivos económicos a políticos y provocará en última instancia una transformación económica y política total. Aquí, al igual que en 1905, tiende a sobreestimar el valor de la huelga como el arma fundamental.

[El asesinato de Luxemburgo y Liebknecht marcó el fin de la primera etapa de la revolución alemana, aunque ellos, de haber continuado con vida, no podrían haber alterado el curso inmediato de los acontecimientos. Su muerte fue un golpe tremendo para el joven partido, que quedó así privado de sus dirigentes más experimentados. Muchos más iban a caer en los meses subsiguientes, a medida que la contrarrevolución recorría Alemania.

[El asesinato de Luxemburgo y Liebknecht fue también un golpe muy duro para la Revolución Rusa, acorralada por la guerra civil y las fuerzas invasoras y luchando por resistir hasta que la revolución alemana triunfante acudiese en su ayuda. Hablando ante el soviet de Petrogrado el 18 de enero de 1919, cuando llegó la confirmación de la noticia del asesinato y de la derrota de la revolución, Trotsky les rindió el más alto homenaje revolucionario:

[“Para nosotros, Liebknecht no fue simplemente un dirigente alemán. Para nosotros, Luxemburgo no fue simplemente una socialista polaca que dirigió a los obreros alemanes. No, ambos son hermanos del proletariado mundial, y nos une a ellos un vínculo espiritual indisoluble. ¡Hasta su último aliento pertenecieron a la Internacional!”

[El último discurso de Rosa Luxemburgo fue traducido al inglés por Cedar y Edén Paul. Esta versión fue publicada en 1943 en *The New International* (La nueva Internacional).]

¡Camaradas! Hoy tenemos la tarea de discutir y aprobar un programa. Al emprender esta tarea no nos motiva únicamente el hecho de que ayer fundamos un partido nuevo, y que un partido nuevo debe formular un programa. Grandes movimientos históricos fueron las causas determinantes de las deliberaciones de hoy. Ha llegado el momento de fundar todo el programa socialista del proletariado sobre nuevas bases. Nos encontramos ante una situación similar a la de Marx y Engels cuando escribieron su *Manifiesto Comunista*, hace setenta años. Como todos saben, el *Manifiesto Comunista* trata del socialismo, de la realización

de los objetivos socialistas, como tarea inmediata de la revolución proletaria. Esta fue la idea presentada por Marx y Engels en la revolución de 1848; así, también, concibieron la base para la acción proletaria en el campo internacional. Junto con todos los dirigentes del movimiento obrero, tanto Marx como Engels creían que estaba planteada la realización inmediata del socialismo. Bastaba provocar una revolución política, tomar el poder político del Estado y el socialismo pasaría inmediatamente del reino del pensamiento al reino de carne y hueso.

Posteriormente, como sabéis, Marx y Engels revisaron totalmente esta perspectiva. En el prefacio conjunto a la reedición del *Manifiesto Comunista* del año 1872, encontramos el siguiente pasaje: “[...] no se concede importancia exclusiva a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera, en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias prácticas, primero de la revolución de febrero y después, en mayor grado aun, de la Comuna de París, que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al Poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que “la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines’.”

¿Cuál es el pasaje que habría que redactar de manera distinta, por hallarse perimido? El que dice así:

“El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

”Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

”Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

”Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

”1 — Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.

”2 — Fuerte impuesto progresivo.

”3 — Abolición del derecho de herencia.

”4 — Confiscación de toda la propiedad de los emigrados y sediciosos.

”5 — Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.

”6 — Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.

”7 — Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción; roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.

”8 — Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

”9 — Combinación de agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la oposición entre la ciudad y el campo.

”10 — Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy; régimen de educación combinado con la producción material, etcétera, etcétera.”²⁰¹

Con pocas variantes estas son, como sabéis, las tareas que se nos plantean hoy. Llevando adelante estas medidas tendremos que construir el socialismo. Entre el día en que se formuló el programa citado y la hora actual median setenta años de desarrollo capitalista y la evolución del proceso histórico nos ha devuelto a la posición que Marx y Engels desecharon por errónea en 1872. En ese momento existían muy buenas razones para creer que la posición anterior era errónea. La evolución posterior del capital, empero, ha convertido el error de 1872 en la realidad de hoy, de modo que nuestro objetivo inmediato es cumplir la tarea que Marx y Engels pensaron que tendrían que cumplir en 1848. Pero entre ese momento del proceso, ese comienzo de 1848, y nuestras posiciones y tareas inmediatas, media toda la evolución no sólo del capitalismo, sino también del movimiento obrero socialista. Han intervenido, sobre todo, los procesos ya mencionados de Alemania, el país más importante del proletariado moderno.

Esta evolución de la clase obrera asumió formas peculiares. Cuando, después de las desilusiones de 1848, Marx y Engels desecharon la idea de que el proletariado podía realizar en forma inmediata el socialismo, surgieron en todos los países partidos socialistas inspirados en objetivos muy distintos. Se proclamó que el objetivo inmediato de dichos partidos era el trabajo local, la mezquina lucha cotidiana en los campos político e industrial.

²⁰¹ Citado de Carlos Marx - Federico Engels, **Manifiesto Comunista**, Bs. As., Pluma, 1974, pp. 26 y 89-90.

Así, de a poco, se irían creando ejércitos proletarios, los que estarían prontos a construir el socialismo apenas madurara el proceso capitalista. El programa socialista quedó, por lo tanto, apoyado sobre cimientos totalmente distintos, y en Alemania el cambio asumió una forma típica y peculiar. Hasta el colapso del 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana defendía el programa de Erfurt, en virtud del cual las llamadas consignas mínimas pasaban a primer plano, mientras que el socialismo pasaba a ser un lucero distante.

Sin embargo, mucho más importante que la letra de un programa es la forma en que se lo interpreta en la práctica. En este sentido debe otorgarse gran importancia a uno de los documentos históricos del movimiento obrero alemán: el prefacio escrito por Federico Engels a la edición de 1895 de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx. No es sólo en base a consideraciones históricas que vuelvo a plantear la cuestión. Se trata de un problema de suma actualidad. Es nuestro deber perentorio volver a colocar nuestro programa sobre las bases sentadas por Marx y por Engels en 1848. En vista de los cambios ocurridos desde entonces en el proceso histórico, nos corresponde emprender una cautelosa revisión de las posiciones que llevaron a la socialdemocracia alemana al desastre del 4 de agosto

Dicha revisión es la tarea que nos ocupa hoy oficialmente.

¿Cómo encaraba Engels el problema en su célebre prefacio a *Las luchas de clases en Francia*, escrito en 1895, doce años después de la muerte de Marx? En primer lugar, recordando el año 1848, demostró que la creencia en la inminencia de la revolución socialista ya había quedado perimida. Dijo:

“La historia nos ha dado un mentís, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el estado del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por primera vez, verdadera carta de ciudadanía a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y últimamente Rusia, y haciendo de Alemania un país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista, lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de expansión.”

Después de resumir los cambios que sobrevinieron en el período intermedio, Engels analiza las tareas inmediatas del Partido Socialdemócrata. “Como Marx predijo, la guerra de 1870 a 1871 y la derrota de la Comuna desplazaron por el momento de Francia a Alemania el centro de gravedad del movimiento obrero europeo. En Francia, naturalmente, éste necesitaba años para reponerse de la sangría de 1871. En cambio en Alemania, donde la industria —impulsada como una planta de invernadero por el maná de los cinco mil

millones pagados por Francia- se desarrollaba cada vez más rápidamente, la socialdemocracia crecía todavía más a prisa y con más persistencia. Gracias a la inteligencia con que los obreros alemanes supieron utilizar el sufragio universal, implantado en 1866, el crecimiento asombroso del partido se ofrece en forma indiscutible, a los ojos del mundo entero.”²⁰²

Luego viene la famosa enumeración que muestra el crecimiento de los votos del partido en elección tras elección, hasta llegar a cifras millonadas. Del análisis de este proceso Engels saca la siguiente conclusión: “Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entró en acción un método de lucha proletario totalmente nuevo, que se siguió desarrollando con rapidez. Al comprobarse que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra las mismas instituciones, se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales industriales, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales.”²⁰³

Engels añade una crítica minuciosa a la ilusión de que bajo las condiciones que crea el capitalismo moderno el proletariado puede aportar algo a la revolución en la lucha callejera. Sin embargo, me parece que, visto que hoy nos encontramos en medio de una revolución caracterizada por la lucha callejera, y todo lo que ésta significa, es hora de librarnos de las posiciones que han guiado la política oficial de la socialdemocracia alemana hasta nuestros días, de las posiciones responsables de lo que ocurrió el 4 de agosto de 1914. [*Muy bien, muy bien!*] Con ello no quiero decir que, en virtud de estas palabras, Engels debe compartir la responsabilidad por todo el curso de la evolución socialista de Alemania. Simplemente llamo vuestra atención hacia una de las citas clásicas que apuntala la posición prevaleciente en la socialdemocracia alemana, posición que resultó fatal para el movimiento. Como experto en ciencia militar, Engels demuestra en este prefacio que es una ilusión pura creer que los obreros podían, dado el estado de la técnica militar y la industria en ese momento, y en vista de las características de las grandes ciudades, realizar con éxito la revolución mediante el combate en las calles. Dos conclusiones importantes surgirán de ese razonamiento. En primer lugar, se contrapuso la lucha parlamentaria a la acción

²⁰² Citado de Engels, prólogo a **Las luchas...**, pp. 19 y 23.

²⁰³ **Ibidem**, p. 26.

revolucionaria directa del proletariado, y se señaló que aquella es la única forma práctica de llevar adelante la lucha de clases. La consecuencia lógica de la crítica fue el parlamentarismo, y nada más que el parlamentarismo.

En segundo lugar, a la máquina militar, a la organización más poderosa del estado clasista, a todo el cuerpo de proletarios en uniforme, se lo declaró, apriorísticamente, inaccesible a la influencia socialista. Cuando en su prefacio Engels declara que, debido al actual desarrollo de gigantescos ejércitos, es una locura pensar que los proletarios puedan hacer frente a soldados armados de ametralladoras y equipados según el último grito de la técnica, ésto se basa obviamente en la premisa de que cualquiera que se haga soldado se vuelve, de golpe y para siempre, partidario de la clase dominante.

Sería absolutamente incomprensible, a la luz de la experiencia contemporánea, que un dirigente de la talla de Engels cometiera semejante error, si no conociéramos las circunstancias históricas en que se escribió este documento histórico. En reivindicación de nuestros dos grandes maestros, y sobre todo de Engels, que murió doce años después de Marx y fue siempre un fiel exegeta de las teorías y de la reputación de su gran colaborador, debo recordaros que Engels escribió este prefacio bajo una fuerte presión del bloque parlamentario. En esa época en Alemania, en los primeros años de la década del noventa, luego de la derogación de las leyes antisocialistas, surgió una fuerte corriente hacia la izquierda, el movimiento de los que querían evitar que el partido quedara totalmente absorbido por la lucha parlamentaria. Bebel y sus secuaces querían argumentos convincentes, respaldados por la gran autoridad de Engels; querían una declaración que les permitiera mantener a los elementos revolucionarios bajo su férreo control.

Era típico de la situación del partido en esa época que los parlamentarios socialistas tuvieran la última palabra, tanto en la teoría como en la práctica. Aseguraron a Engels, que vivía en el extranjero y naturalmente aceptó de buena fe, que era absolutamente indispensable salvaguardar al movimiento obrero alemán de caer en el anarquismo: y así lo obligaron a escribir en el tono que ellos querían. De ahí en más la táctica expuesta por Engels en 1895 guió a los socialdemócratas alemanes en todo lo que hicieron y dejaron de hacer hasta el inevitable final acaecido el 4 de agosto de 1914. El prefacio fue la proclamación formal de la táctica nada-más-que-parlamentarismo. Engels murió ese mismo año y no tuvo, por lo tanto, oportunidad de analizar las consecuencias prácticas de su teoría. Quienes conocen las obras de Marx y Engels, quienes están familiarizados con el espíritu verdaderamente revolucionario que anima todas sus enseñanzas y escritos, tendrán la certeza de que Engels hubiera sido uno de los primeros en protestar contra la

corrupción del parlamentarismo y contra el derroche de energías del movimiento obrero, característico de Alemania en las décadas que precedieron a la guerra.

El cuatro de agosto no surgió de la nada, como un trueno en un cielo azul; lo que sucedió ese día no fue un giro casual de los acontecimientos, sino la consecuencia lógica de lo que los socialistas alemanes venían haciendo día tras día, durante muchos años. [*Muy bien, muy bien!*] Estoy convencida de que si Engels y Marx vivieran hoy protestarían con todo vigor, y utilizarían todas las fuerzas a su alcance para impedir que el partido se arroje al abismo. Pero después de la muerte de Engels en 1895, la dirección del partido en materia de teoría pasó a manos de Kautsky. Resultado de este cambio fue que en los sucesivos congresos anuales del partido las protestas enérgicas del ala izquierda contra la política del parlamentarismo puro, sus advertencias perentorias acerca de la esterilidad e inutilidad de semejante política, fueron tachadas de anarquismo, socialismo anarquizante o, al menos, antimarxismo. Lo que oficialmente se llamaba marxismo se convirtió en una capa para encubrir todo tipo de oportunismo, para rehuir consecuentemente la lucha de clases revolucionaria, para todo tipo de medidas a medias. Así, la socialdemocracia y el movimiento obrero alemanes, así como también el movimiento sindical, fueron condenados a languidecer en el marco de la sociedad capitalista. Ya ningún socialista ni sindicalista alemán hacía el menor intento serio de derrocar las instituciones capitalistas ni de descomponer la maquinaria capitalista.

Pero ahora llegamos a un punto, camaradas, en que podemos decir que nos hemos reencontrado con Marx, que marchamos nuevamente bajo su bandera. Si declaramos hoy que la tarea inmediata del proletariado es convertir el socialismo en una realidad viva y destruir el capitalismo hasta su raíz, al hablar así nos colocamos en el mismo terreno que ocuparon Marx y Engels en 1848; asumimos una posición cuyos principios ellos jamás abandonaron. Por fin queda claro qué es el verdadero marxismo, y qué ha sido el marxismo sustituto. [*Aplausos*]. Hablo de ese marxismo sustituto que durante tanto tiempo ha sido el marxismo oficial de la socialdemocracia. Ya veis a qué conduce esta clase de marxismo, el marxismo de los secuaces de Ebert, David y demás. Estos son los representantes oficiales de lo que durante años se ha proclamado como marxismo immaculado. Pero en realidad el marxismo no podía señalar esta dirección, no podía haber llevado a los marxistas a dedicarse a actividades contrarrevolucionarias codo a codo con tipos como Scheidemann. El verdadero marxismo también vuelve sus armas contra quienes pretenden falsificarlo. Cavando como un topo bajo los cimientos de la sociedad burguesa, ha trabajado tan bien que hoy más de la mitad del proletariado alemán marcha

bajo nuestro estandarte, el pendón enhiesto de la revolución. Inclusive en el bando contrario, inclusive allí donde parece imperar la contrarrevolución, tenemos partidarios y futuros camaradas de armas.

Permítaseme repetir, entonces, que la evolución del proceso histórico nos ha conducido de vuelta a la ubicación de Marx y Engels de 1848, cuando enarbolaron por primera vez la bandera del socialismo internacional. Estamos donde estuvieron ellos, pero con la ventaja adicional de setenta años de desarrollo capitalista a nuestras espaldas. Hace setenta años, para quienes revisaron los errores e ilusiones de 1848, parecía que al proletariado le aguardaba un camino interminable por recorrer antes de tener la esperanza, siquiera, de realizar el socialismo. Casi no es necesario que diga que a ningún pensador serio se le ha ocurrido jamás ponerle fecha a la caída del capitalismo; pero después de las derrotas de 1848 esa caída parecía estar en un futuro distante. Esa creencia se desprende también de cada frase del prefacio que Engels escribió en 1895. Estamos ahora en condiciones de hacer el balance y podemos ver que el lapso ha sido breve si lo comparamos con el curso de la lucha de clases a través de la historia. El desarrollo capitalista en gran escala ha llegado tan lejos en setenta años, que hoy nos podemos proponer seriamente liquidar al capitalismo de una vez por todas. No sólo estamos en condiciones de cumplir esta tarea, no sólo es un deber para con el proletariado, sino que nuestra solución le ofrece a la humanidad la única vía para escapar a la destrucción. [*Fuertes aplausos.*]

Después de la guerra, ¿qué ha quedado de la burguesía sino un gigantesco montón de basura? Formalmente, desde luego, todos los medios de producción y la mayor parte de los instrumentos de poder, prácticamente todos los instrumentos decisivos de poder, están aún en manos de las clases dominantes. No nos hacemos ilusiones. Pero lo que nuestros gobernantes podrán obtener con el ejercicio de sus poderes, más allá de sus esfuerzos frenéticos por reimplantar su sistema de explotación mediante la sangre y la masacre, no será más que el caos. Las cosas han llegado a un punto tal que a la humanidad se le plantean hoy dos alternativas: perecer en el caos o encontrar su salvación en el socialismo. El resultado de la gran guerra es que a las clases capitalistas les es imposible salir de sus dificultades mientras sigan en el poder. Comprendemos ahora la verdad que encerraba la frase que formularon por primera vez Marx y Engels como base científica del socialismo, en la gran carta de nuestro movimiento, el *Manifiesto Comunista*. El socialismo, dijeron, se volverá una necesidad histórica. El socialismo es inevitable, no sólo porque los proletarios ya no están dispuestos a vivir bajo las condiciones que les impone la clase capitalista, sino

también porque si el proletariado no cumple con sus deberes de clase, si no construye el socialismo, nos hundiremos todos juntos. [*Aplausos prolongados*]

Aquí tenéis las bases generales del programa que adoptamos hoy oficialmente, cuyo proyecto habéis leído todos en el folleto *¿Was will der Spartakusbund?* [¿Qué quiere la Liga Espartaco?]. Nuestro programa se opone deliberadamente al principio rector del programa de Erfurt; se opone tajantemente a la separación de las consignas inmediatas, llamadas mínimas, formuladas para la lucha política y económica, del objetivo socialista formulado como programa máximo. En oposición deliberada al programa de Erfurt liquidamos los resultados de un proceso de setenta años, liquidamos, sobre todo, los resultados primarios de la guerra, declarando que no conocemos los programas máximos y mínimos; sólo conocemos una cosa, el socialismo; esto es lo mínimo que vamos a conseguir. [*¡Bien, bien!*]

No propongo entrar en los detalles del programa. Llevaría demasiado tiempo, y vosotros podréis formaros vuestras propias opiniones respecto a los detalles. La tarea que me incumbe es simplemente exponer los aspectos más generales que distinguen a nuestro programa de lo que ha sido hasta hoy el programa oficial de la socialdemocracia alemana. Considero, no obstante, de primordial importancia que nos pongamos de acuerdo en nuestra apreciación de las circunstancias concretas del momento, de las tácticas que debemos adoptar, de las medidas prácticas a tomar, a la luz del desarrollo del proceso revolucionario hasta el momento y también del probable curso futuro de los acontecimientos. Hemos de juzgar la situación política desde la perspectiva que acabo de caracterizar, desde la perspectiva de quienes apuntan a la realización inmediata del socialismo, de quienes están decididos a subordinar todo lo demás a ese fin.

Nuestro congreso, el congreso de lo que puedo llamar con orgullo el único partido socialista revolucionario del proletariado alemán, casualmente coincide con una crisis en el proceso de la revolución alemana. Digo “casualmente coincide”; pero, en verdad, la coincidencia no es casual. Después de los sucesos de los últimos días podemos afirmar que el telón ha descendido sobre el primer acto de la revolución alemana. Está comenzando el segundo acto, y tenemos el deber común de hacer un autoexamen y una autocrítica. Nos moveremos más sabiamente en el futuro, y ganaremos un ímpetu adicional para seguir avanzando, si analizamos cuidadosamente todo lo que hicimos y dejamos de hacer. Analicemos, pues, cuidadosamente, los acontecimientos del primer acto de la revolución.

La movilización comenzó el 9 de noviembre. La característica de la revolución del 9 de noviembre fue su insuficiencia y debilidad. Esto no debe sorprendernos. La revolución vino después de cuatro años de guerra, cuatro años durante los cuales, bajo la tutela de la

socialdemocracia y los sindicatos, el proletariado alemán se comportó con intolerable ignominia y repudió sus obligaciones socialistas hasta un punto inigualado en el resto del mundo. Nosotros, los marxistas, que nos guiamos por el principio de la evolución histórica, no podríamos esperar que en la Alemania que contempló el horrendo espectáculo del 4 de agosto, y que durante cuatro años cosechó lo que se sembró ese día, apareciera repentinamente, el 9 de noviembre de 1918, una revolución gloriosa, inspirada en una conciencia de clase definida, dirigida hacia un objetivo concebido con toda claridad. Lo que ocurrió el 9 de noviembre fue, en menor medida, el triunfo de un nuevo principio; apenas un poco más que la caída del sistema imperialista existente. [*Muy bien!*]

Había llegado el momento de la caída del imperialismo, un coloso con pies de barro, que se resquebrajaba por dentro. La secuela de esta caída fue una movilización más o menos caótica, desprovista de un plan razonado. La única fuente de unidad, el único principio persistente y salvador fue la consigna “Por consejos de obreros y soldados”. Esa era la consigna de la revolución con la cual, a pesar de la insuficiencia y debilidad de la primera fase, inmediatamente reclamó el derecho de contarse entre las revoluciones obreras socialistas. A quienes participaron en la revolución del 9 de noviembre, y sin embargo arrojan calumnias sobre los bolcheviques rusos, no podemos dejar de preguntarles: “¿Dónde aprendisteis el alfabeto de vuestra revolución? ¿Acaso no fueron los rusos quienes os enseñaron a pedir consejos de obreros y soldados?” [*Aplausos*]

Esos pigmeos que hoy, en su carácter de dirigentes de un gobierno que falsamente llaman socialista, consideran que una de sus tareas principales es unirse a los imperialistas ingleses en su ataque asesino contra los bolcheviques, han sido delegados de los consejos de obreros y soldados, reconociendo así que la Revolución Rusa creó las primeras consignas de la revolución mundial. El estudio de la situación imperante nos permite predecir con certeza que, cualquiera que sea el país donde estalle la próxima revolución proletaria después de Alemania, el primer paso será la formación de consejos de obreros y soldados. [*Murmillos de aprobación*].

He aquí el vínculo que une internacionalmente a nuestro movimiento. Este es el lema que distingue tajantemente a nuestra revolución de todas las revoluciones anteriores, las revoluciones burguesas. El 9 de noviembre, el primer grito de la revolución, instintivo como el llanto de un recién nacido, fue por consejos de obreros y soldados. Ese fue nuestro grito de guerra común, y sólo a través de los consejos podemos aspirar a la realización del socialismo. Pero es característico de los rasgos contradictorios de nuestra revolución, característico de las contradicciones que acompañan a toda revolución, que en

el momento de lanzarse este poderoso, conmovedor e instintivo grito, la revolución era tan insuficiente, tan débil, tan falta de iniciativa, tan falta de claridad en cuanto a sus propios objetivos, que el 10 de noviembre nuestros revolucionarios permitieron que escaparan de sus manos casi la mitad de los instrumentos de poder que habían tomado el 9 de noviembre. De esto aprendemos, por un lado, que nuestra revolución está sujeta a la arbitraria ley del determinismo histórico, ley que garantiza que, a pesar de las dificultades y complicaciones, a pesar de todos nuestros errores, avanzaremos sin embargo paso a paso hacia nuestra meta. Por otra parte, debemos reconocer, al comparar este espléndido grito de guerra con la insuficiencia de los resultados obtenidos, que estos no fueron más que los primeros pasos infantiles y vacilantes de la revolución, que tiene muchas tareas difíciles que cumplir y un largo camino por recorrer antes de poder realizar las primeras consignas.

Las semanas que transcurrieron entre el 9 de noviembre y el día de hoy están plagadas de toda clase de ilusiones. La primera ilusión de los obreros y soldados que hicieron la revolución fue creer en la posibilidad de unidad bajo la bandera de lo que se hace llamar socialismo. ¿Dónde se refleja mejor la debilidad de la revolución del 9 de noviembre que en el hecho de que desde el comienzo de dirección pasó a manos de individuos que pocas horas antes de que ésta estallara habían resuelto que su principal deber era lanzar advertencias en contra de la revolución [*¡muy bien!*], tratar de imposibilitar su realización; a manos de tipos de la calaña de Ebert, Scheideman y Hasse?²⁰⁴ Una de las ideas directrices de la revolución del 9 de noviembre era la de unificar a las distintas tendencias socialistas. Dicha unión debía efectuarse por aclamación. Esta ilusión se cobró una venganza sangrienta, y los acontecimientos de los últimos días provocaron un amargo despertar; pero el autoengaño fue universal, y afectó a los grupos de Ebert y Scheideman y a la burguesía tanto como a nosotros.

Hubo otra ilusión, que también afectó a la burguesía, durante este acto inicial de la revolución: creyeron que mediante la combinación Ebert-Hasse, mediante el gobierno autotitulado socialista, realmente podrían frenar a las masas proletarias y estrangular la revolución socialista. Otra ilusión sufrieron también los miembros del gobierno de Scheideman-Ebert al pensar que con la ayuda de los soldados que volvían del frente podrían controlar a los obreros y reprimir toda manifestación de la lucha de clases

²⁰⁴ **Hugo Haase** (1863-1922): sucesor de Bebel en la conducción del PSD. Pacifista durante la guerra, pero se disciplinó al partido y votó a favor del presupuesto de guerra, renunciando a su cargo partidario en 1915. Encabezó el Partido Socialista Independiente en 1916, y fue ministro del gobierno de coalición formado después de la abdicación del kaiser Guillermo, en noviembre de 1918. Renunció a fines de diciembre en protesta por el curso contrarrevolucionario del gobierno. Fue asesinado en 1919.

socialista. Tales son las distintas y variadas ilusiones que explican los recientes acontecimientos. Una tras otra, se han disipado. Se ha demostrado claramente que la unión de Hasse con Ebert-Scheideman bajo la bandera del “socialismo” no es sino la hoja de parra que le da visos de decencia a la política contrarrevolucionaria. Nosotros mismos, como siempre sucede durante las revoluciones, nos hemos curado de nuestras ilusiones.

Existe un procedimiento revolucionario definitivo mediante el cual se libera al pueblo de las ilusiones pero, desgraciadamente, la cura exige sangrías. En la Alemania revolucionaria los acontecimientos siguieron el curso que es característico de todas las revoluciones. El derramamiento de sangre del 6 de diciembre en la calle Chaussee, la masacre del 24 de diciembre, les mostraron la verdad al grueso de las masas populares. A través de estos hechos aprendieron que lo que se hace llamar gobierno socialista es el gobierno de la contrarrevolución. Comprendieron que quienquiera que tolere semejante estado de cosas conspira contra el proletariado y contra el socialismo. [*Aplausos*].

Ha desaparecido también la ilusión abrigada por los señores Ebert, Scheideman y Cía. de que, con la ayuda de los soldados que vuelven del frente podrán someter a los obreros para siempre. ¿Cuál ha sido el resultado de las experiencias del 6 y el 24 de diciembre? Últimamente es notable como ha cundido la desilusión en la soldadesca. Estos hombres comienzan a mirar con ojos críticos a quienes los usaron de carne de cañón contra el proletariado socialista. En esto vemos otra vez la aplicación de la ley de que la revolución socialista sufre un determinado proceso objetivo, una ley según la cual los batallones del movimiento obrero aprenden, a través de la amarga experiencia, a reconocer el verdadero camino de la revolución. Nuevas unidades de soldados han sido traídas a Berlín, nuevos destacamentos de carne de cañón, fuerzas adicionales para aplastar a los proletarios socialistas, con el resultado de que, de un cuartel tras otro, vienen los pedidos de folletos y volantes del grupo Espartaco.

Esto señala el fin del primer acto. Las esperanzas de Ebert y Scheideman de dominar al proletariado con la ayuda de los elementos reaccionarios de la soldadesca, ya han sido frustradas en gran medida. Lo que les aguarda para el futuro muy próximo es la creciente difusión de las tendencias revolucionarias en los cuarteles. Así aumentarán las fuerzas del proletariado combatiente a la vez que disminuyen las de los contrarrevolucionarios. Como consecuencia de estos cambios tendrá que desaparecer la ilusión que anima a la burguesía, la clase dominante. Al leer los periódicos de los últimos días, los de las jornadas posteriores a los incidentes del 24 de diciembre, no se puede dejar de percibir sentimientos de

desilusión combinados con indignación, fruto de que los secuaces de la burguesía, los que ocupan los puestos de poder, han resultado ineficaces. [*Muy bien!*]

Se esperaba de Ebert y Scheideman que demostraran ser los hombres fuertes, buenos domadores de leones. ¿Qué han logrado? Han reprimido unos cuantos disturbios sin importancia, con el resultado de que la hidra de la revolución ha levantado su cabeza con más decisión que nunca. Por lo tanto la desilusión es mutua, o mejor dicho, universal. Los obreros han perdido la ilusión que los llevó a creer que la unión de Hasse con Ebert-Scheideman equivaldría a un gobierno socialista. Ebert y Scheideman han perdido la ilusión que los indujo a imaginar que con la ayuda de los proletarios en uniforme militar podrían controlar permanentemente a los proletarios de ropa civil. La clase media ha perdido la ilusión de que, por intermedio de Ebert, Scheideman y Hasse, pueden engañar a toda la revolución socialista alemana respecto de los objetivos que busca. Todas estas cosas poseen una fuerza negativa, y lo que queda de ellas son los retazos y harapos de las ilusiones perdidas. Pero es en verdad un gran aporte a la causa del proletariado que de la primera fase de la revolución no queden sino retazos y harapos, porque nada hay más dañino que una ilusión, a la vez que nada sirve tanto a la causa revolucionaria como la verdad desnuda.

Es apropiado que recuerde las palabras de uno de nuestros escritores clásicos, un hombre que no era un revolucionario proletario sino un espíritu revolucionario proveniente de la clase media. Me refiero a Lessing, y paso a citar un pasaje que siempre ha suscitado mi interés y simpatía: “No sé si es un deber sacrificar la felicidad y la vida en aras de la verdad [...] Pero si sé que tenemos el deber, si queremos enseñar la verdad, de enseñarla completa o no enseñarla, enseñarla con claridad y franqueza, sin equívocos ni reservas, inspirados por la plena confianza en su poder [...] Cuanto más grosero el error, más corto y directo es el camino que conduce a la verdad. Pero un error altamente sofisticado nos alienará permanentemente de la verdad, tanto más cuánto más nos cueste comprender que se trata de un error [...] Quien piense en llevar a la humanidad la verdad enmascarada y pintarrajeada, puede ser el alcahuete de la verdad, pero jamás ha sido su amante.” Camaradas, los señores Haase, Dittmann,²⁰⁵ etcétera, han querido traernos la revolución, implantar el socialismo, cubierto con una máscara, untado de carmín; han así demostrado ser los alcahuetes de la contrarrevolución.

²⁰⁵ **Wilhelm Dittman** (1874-1954): socialdemócrata alemán, muy ligado a Haase. En 1916 secretario de la Hermandad Obrera Socialdemócrata, luego dirigente del PSI. Apoyó el ingreso del PSI a la Comintern (ver n. 150), pero se negó a aceptar los 21 puntos estipulados por dicha organización para la afiliación.

Hoy estas máscaras han caído, y lo que en verdad se ofrecía se revela en la política brutal y dura de los señores Ebert y Scheidemann. Hoy ni el más necio puede equivocarse. Lo que ofrece es la contrarrevolución, en toda su repugnante desnudez.

El primer acto ha terminado. ¿Cuáles son las posibilidades para el futuro? No se trata, desde luego, de hacer profecías. Sólo podemos tratar de deducir las consecuencias lógicas de lo ocurrido, para sacar conclusiones en cuanto a las probabilidades futuras y así adaptar nuestras tácticas a dichas probabilidades. ¿A dónde conduce, aparentemente, ese camino? Podemos sacar algunos indicios de las últimas declaraciones del gobierno de Ebert-Scheidemann, declaraciones libres de ambigüedad. ¿Qué hará, posiblemente, este autotitulado gobierno socialista ahora que, como acabo de demostrar, las ilusiones se han disipado? Día a día el gobierno pierde más y más el apoyo de las amplias masas proletarias. Fuera de la pequeña burguesía, apenas les quedan algunos pequeños remanentes del movimiento obrero, y dudo mucho que éstos últimos sigan prestando ayuda a Ebert-Scheidemann por mucho tiempo.

El gobierno también pierde cada vez más el apoyo del ejército, puesto que los soldados han tomado la senda del autoexamen y la autocrítica. Las consecuencias de este proceso podrán parecer al comienzo algo lentas, pero los llevarán irresistiblemente a la adquisición de una mentalidad plenamente socialista. En cuanto a la burguesía, Ebert y Scheidemann también han perdido la confianza de este sector, al no mostrarse lo suficientemente fuertes. ¿Qué pueden hacer? No tardarán en poner fin a la comedia de la política socialista. Cuando leáis el nuevo programa de estos caballeros, veréis que marchan a todo vapor hacia la segunda fase, la de la contrarrevolución abierta o, se puede decir también, hacia la restauración de las condiciones preexistentes, prerrevolucionarias.

¿Cuál es el programa del nuevo gobierno? Propone la elección de un presidente que ocuparía una posición intermedia entre la del rey de Inglaterra y la del presidente de Estados Unidos [*¡Bravo!*] Vendría a ser una especie de Rey Ebert. En segundo lugar, proponen reimplantar el consejo federal. Podéis leer hoy las exigencias independientes que formulan los gobiernos del sur de Alemania, exigencias que subrayan el carácter federal de reino alemán. La reimplantación del viejo consejo federal, conjuntamente por supuesto, con su viejo apéndice, el Reichstag, es cuestión de un par de semanas, a lo sumo. Camaradas, Ebert y Scheidemann se dirigen así a la reimplantación usa y llana de las condiciones existentes antes del 9 de noviembre. Pero han entrado así en una aguda pendiente, y es posible que no tarden en encontrarse en el fondo del abismo, con todos los huesos rotos. Porque para

el 9 de noviembre las condiciones que imperaban antes estaban ya perimidas, y hoy Alemania se encuentra a muchas millas de distancias de la posibilidad de restablecerlas.

Para conseguir el respaldo de la única clase cuyos intereses representa realmente este gobierno, para conseguir el apoyo de la burguesía —apoyo que les ha sido retirado en virtud de los recientes sucesos— Ebert y Scheidemann se verán obligados a aplicar una política cada vez más contrarrevolucionaria. Las exigencias de los estados alemanes del sur, publicadas hoy en los diarios berlineses, expresan francamente su deseo de lograr “mayor seguridad” para el reino alemán. Esto significa, en términos sencillos, que desean que se declare el estado de sitio para contener a los elementos “anarquistas, turbulentos y bolchevistas”; en otras palabras, para contener a los socialistas. La presión de las circunstancias obligarán a Ebert y Scheidemann a recurrir a la dictadura, con o sin estado de sitio. Así, como resultado del proceso anterior, por la simple lógica de los acontecimientos y en función de las fuerzas que controlan a Ebert y Scheidemann, en el segundo acto de la revolución tendremos una oposición de tendencias mucho más pronunciada y una lucha de clases más acentuada. [*¡Bravo!*] Esta intensificación del conflicto no se producirá solamente en virtud de que las influencias políticas que acabo de mencionar provocarán, al disiparse todas las ilusiones, un combate de cuerpo a cuerpo entre la revolución y la contrarrevolución. Además, de las profundidades vienen las llamas de un nuevo incendio, las llamas de la lucha económica.

Fue un rasgo típico de la revolución que se mantuviera estrictamente en el campo político, durante el primer período, hasta el 24 de diciembre. De ahí el carácter infantil, la insuficiencia, el desgano, la falta de miras de la revolución. Esa fue la primera etapa de una transformación revolucionaria cuyo objetivo principal está en el campo económico, cuyo objetivo principal es provocar un cambio fundamental en el terreno económico. Sus pasos fueron tan vacilantes como los de los de un niño que busca a tientas su camino sin saber a dónde va; porque en esta etapa, repito, la revolución se mantuvo en un terreno puramente político. Pero en las últimas dos o tres semanas se han producido algunas huelgas, en buena medida espontáneas. Ahora bien, yo considero que la esencia misma de la revolución reside en que las huelgas se extenderán más y más, hasta constituir, por fin, el foco de la revolución. [*Aplausos.*] Así tendremos una revolución económica y, junto con ello, una revolución socialista. La lucha por el socialismo debe ser librada por las masas, sólo por las masas, frente a frente con el capitalismo; se tiene que librar en todos los lugares de trabajo, cada proletario contra su patrón. Sólo así podrá ser una revolución socialista.

Los insensatos se habían trazado un cuadro muy distinto del curso de los acontecimientos. Imaginaban que bastaría derribar al viejo gobierno, poner un gobierno socialista a la cabeza de los asuntos de la nación, y proclamar el socialismo por decreto. ¿Otra ilusión? El socialismo no puede ser ni será creado por decreto; no lo puede crear gobierno alguno, por socialista que sea. El socialismo lo deben crear las masas, lo debe realizar cada proletario. Allí donde estén forjadas las cadenas del capitalismo, deben ser rotas. Eso es lo único a lo que se puede llamar socialismo, y es la única manera en que éste puede implantarse.

¿Cuál es la forma eterna de la lucha por el socialismo? La huelga, y es por ello que la fase económica del proceso ha pasado al frente en el segundo acto de la revolución. Podemos estar orgullosos de ello, puesto que nadie nos puede disputar ese honor. Nosotros, los del grupo Espartaco, nosotros, el Partido Comunista Alemán, somos los únicos en toda Alemania que estamos de parte de los obreros huelguistas combatientes. ¡*Muy bien!* habéis leído y sido testigos, una y otra vez, de la posición de los socialistas independientes respecto a las huelgas. No había diferencias entre la posición de *Vorwaerts* y la de *Freiheit*. Ambos periódicos entonaban el mismo estribillo: Trabajad, el socialismo significa trabajar mucho. ¡Esto decían aunque el capitalismo todavía está en el poder! El socialismo no se construye de esa manera, sino en la lucha sin cuartel contra el capitalismo. Sin embargo, vamos que las pretensiones capitalistas encuentran defensores, no solo entre los más destacados especuladores sino también en los socialistas independientes y su órgano, el *Freiheit*; vemos que nuestro Partido Comunista es el único que apoya a los obreros contra las exacciones del capital. Esto basta para demostrar que hay todos los enemigos implacables de la huelga, salvo quienes levantan con nosotros la plataforma del comunismo revolucionario.

La conclusión a extraer es que durante el segundo acto de la revolución las huelgas no sólo tenderán a prevalecer, sino que, además, las huelgas pasarán a ser el rasgo central y el factor decisivo de la revolución, y las cuestiones puramente políticas pasarán a segundo plano. La consecuencia inevitable será que las luchas económicas se intensificarán enormemente. Por ese camino la revolución adquirirá ciertos aspectos que para la burguesía no son broma. Los integrantes de la clase capitalista están bien dispuestos a aceptar las mistificaciones en la esfera política, donde tales fantochadas son posibles, donde criaturas de la calaña de Ebert y Scheidemann pueden hacerse pasar por socialistas; pero los horroriza cualquier atentado directo contra sus ganancias.

Por eso, los capitalistas le plantearán el gobierno de Ebert-Scheidemann las siguientes alternativas. Poned fin a las huelgas -dirán- poned fin a este movimiento huelguístico que amenaza destruirnos; si no, no nos servís más. Yo creo, por cierto, que el gobierno se ha hundido a sí mismo con sus medidas políticas. Ebert y Scheidemann descubren con tristeza que la burguesía ya no los necesita más. Los capitalistas lo pensarán dos veces antes de ponerle la capa de armiño a ese arribista grosero que es Ebert. Si las cosas llegan a un punto tal que se necesite un monarca, dirán: “No basta tener sangre en las manos para ser rey; también hay que tener sangre azul en las venas”. [*¡Muy bien!*] Si se llega a esa situación, dirán: “Ya que necesitamos un rey, no aceptaremos a un arribista que no posee modales regios”. [*Risas.*]

No se puede especificar los detalles. Pero no nos preocupan las cuestiones de detalle, la cuestión de qué ocurrirá y cuándo, exactamente. Bástenos conocer las líneas generales del proceso. Bástenos saber que, al primer acto de la revolución, a la fase cuyo rasgo principal ha sido la lucha política, seguirá una fase caracterizada por la intensificación de la lucha económica, y que tarde o temprano el gobierno de Ebert y Scheidemann se irá al reino de las sombras.

No es fácil predecir que ocurrirá con la Asamblea Nacional durante el segundo acto de la revolución. Quizás resulte una nueva escuela para educar a la clase obrera. Pero parece igualmente probable que no llegue a aparecer nunca. Permítaseme agregar, entre paréntesis, para ayudarnos a comprender sobre qué bases defendíamos ayer nuestra posición, que objetábamos únicamente el limitar nuestra táctica a una sola alternativa. No reabriré toda la discusión, pero diré dos palabras para que ninguno crea que digo blanco y negro al mismo tiempo. Nuestra posición de hoy es precisamente la de ayer. No proponemos basar nuestra táctica en relación a la Asamblea Nacional sobre algo que es una posibilidad y no una certeza. Nos negamos a jugar a la única carta de que la Asamblea Nacional jamás llegará a existir. *Queremos estar preparados para todas las eventualidades, inclusive la de utilizar la Asamblea Nacional para los fines revolucionarios, si es que llega a crearse.* Se cree o no, nos es indiferente, porque el éxito de la revolución es seguro.

¿Qué quedará, entonces, del gobierno de Ebert-Schiedemann o de cualquier otro gobierno supuestamente socialdemócrata cuando se haga la revolución? Ya he dicho que las masas obreras están alejadas de ellos, y que ya no se puede contar con los soldados para que sirvan de carne de cañón de la contrarrevolución. ¿Qué podrán hacer los pobres pigmeos? ¿Cómo salvarán la situación? Les quedará una última oportunidad. Quienes hayan leído los diarios de hoy habrán visto cuáles son sus últimas reservas, sabrán a quienes

dirigirá contra nosotros la contrarrevolución alemana si se llega a la situación extrema. Habréis leído que las tropas alemanas estacionadas en Riga ya marchan hombro a hombro con los ingleses contra los bolcheviques rusos.

Camaradas, tengo en mis manos documentos que echan luz sobre los sucesos de Riga. Todo proviene del cuartel general del octavo ejército, que colabora con el dirigente socialdemócrata y sindical Herr August Winning.²⁰⁶ Se nos dice siempre que los pobres Ebert y Scheidemann son víctimas de los aliados. Pero en las últimas semanas, desde el comienzo de nuestra revolución, *Vorwaerts* se ha dado la política de sugerir que los aliados desean sinceramente aplastar la Revolución Rusa. Tenemos documentos que demuestran cómo esto ha sido orquestado en detrimento del proletariado ruso y de la revolución alemana. En un telegrama fechado el 26 de diciembre, el Teniente Coronel Bürkner, jefe del estado mayor del octavo ejército, informa sobre las negociaciones que culminaron en este acuerdo en Riga. El telegrama dice:

“El 23 de diciembre hubo una conversación del plenipotenciario alemán Winnig con el plenipotenciario británico Monsaquet, ex cónsul general en Riga. La entrevista se realizó a bordo del H.M.S. *Princess Margaret*, con la presencia, por invitación, del comandante de las tropas alemanas. Yo representé al mando del ejército. El propósito de la misma fue ayudar a cumplir las condiciones del armisticio. La conversación versó sobre lo siguiente:

”De la parte inglesa: Los buques británicos en Riga supervisarán el cumplimiento del armisticio. Sobre estas condiciones se basan las siguientes exigencias:

” ‘1 - Los alemanes mantendrán una fuerza en esta región que baste para contener a los bolcheviques y les impida extender la zona que ocupan [...]

” ‘3 - El oficial británico recibirá un informe de la disposición de las tropas que combaten a los bolcheviques, comprendidos los soldados letones y alemanes, para que el jefe militar naval esté informado. Asimismo se deben comunicar al mismo oficial todas las futuras disposiciones de las tropas que luchan contra los bolcheviques.

” ‘4 - Se debe mantener una fuerza armada en los lugares que se nombran a continuación, para impedir que los bolcheviques se apoderen de ellos o desborden la línea que los une: Walk, Wolmar, Wenden, Friedrichstadt, Pensk, Mítau.

²⁰⁶ **August Wining** (1878-?): sindicalista alemán, socialdemócrata de la extrema derecha “imperialista”. Creía representar los intereses de la clase obrera alemana mediante la conquista del mercado mundial por la industria alemana. Consejero del imperialismo alemán en la intervención contra los soviets.

” ’5 — El ferrocarril que une Riga con Libau debe ser defendido del ataque bolchevique, y todas las provisiones y comunicaciones británicas que recorran esta línea recibirán trato preferencial.’ ”

Sigue una serie de exigencias adicionales.

Veamos ahora la respuesta de Herr Winnig, plenipotenciario alemán y dirigente sindical.

“Aunque no es usual que se exprese el deseo de obligar a un gobierno a mantener la ocupación de un estado extranjero, en este caso desearíamos hacerlo, puesto que se trata de proteger la sangre alemana - ¡Los barones del Báltico! - Además, consideramos que es nuestro deber moral ayudar al país al que hemos liberado de su estado de dependencia. Sin embargo, es probable que nuestros deseos se vean frustrados, porque nuestros soldados en esta región son en su mayoría hombres de cierta edad y poco aptos para el servicio y, en virtud del armisticio, muy ansiosos de volver a sus hogares y de poco espíritu de lucha; en segundo lugar, los gobiernos del Báltico tienden a considerar a los alemanes opresores. Pero trataremos de proveer tropas de voluntarios con espíritu de combate, y en realidad esto ya se ha hecho en parte.”

Aquí vemos la contrarrevolución en marcha. Habréis leído hace poco de la formación de la División de Hierro, destinada a combatir a los bolcheviques en las provincias del Báltico. En ese momento existían dudas respecto de la actitud del gobierno Ebert-Scheidemann. Comprenderéis ahora que quien tuvo la iniciativa en la creación de esta fuerza fue el gobierno.

Una palabra más respecto de Winnig. No es casual que un dirigente sindical preste semejantes servicios políticos. Podemos decir sin vacilar que los dirigentes sindicales alemanes y los social-demócratas alemanes son los canallas más infames que el mundo haya conocido. [*Gritos y aplausos.*] ¿Sabéis dónde tendrían que estar los tipos como Winnig, Ebert y Scheidemann? Según el código penal alemán que, se nos dice, sigue en vigor, y sigue siendo la base del sistema legal, ¡deberían estar en la cárcel! [*Gritos y aplauso.*] Porque el código penal alemán castiga con la cárcel a quien ponga a soldados alemanes al servicio de una potencia extranjera. Hoy, a la cabeza del gobierno “socialista” alemán hay hombres que son no sólo “judas” del movimiento socialista y traidores a la revolución proletaria, sino también criminales, que no merecen codearse con la gente decente. [*Fuertes aplausos.*]

Retomando el hilo de mi discurso, es claro que estas maquinaciones, la formación de Divisiones de Hierro y, sobre todo, el acuerdo con los imperialistas británicos, debe considerarse las últimas reservas, que serán convocadas en caso de necesidad para aplastar

al movimiento socialista alemán. Además, el problema cardinal, el de las perspectivas de paz, está ligado íntimamente a este asunto. ¿A qué pueden conducir las negociaciones, sino a un nuevo brote de guerra? Mientras esos canallas hacen su comedia en Alemania, queriendo hacernos creer que trabajan horas extras para tratar de negociar la paz, y declarando que los espartaquistas somos los perturbadores de la paz que intranquilizamos a los aliados y la retrasamos, ellos mismos lanzan nuevamente la guerra, una guerra en el este a la que pronto seguirá una guerra en suelo alemán.

Una vez más nos hallamos ante una situación que no puede traer como consecuencia más que una etapa de grandes conflictos. Nos incumbe a nosotros defender, no sólo el socialismo, no sólo la revolución, sino también la paz mundial. He aquí la justificación de la táctica que empleamos en todo momento los del grupo Espartaco durante los cuatro años de guerra. La paz es la revolución mundial del proletariado. Hay una sola manera de imponer y salvaguardar la paz: ¡la victoria del proletariado socialista! [*Aplausos prolongados.*]

¿Cuáles son las consideraciones tácticas que debemos deducir de ello? ¿Cuál es la mejor manera de enfrentar la situación que probablemente se nos presentará en el futuro inmediato? Vuestra primera conclusión será indudablemente la esperanza de una próxima caída del gobierno Ebert-Scheidemann, y de que ocupe su lugar un gobierno que se declare socialista revolucionario proletario. Yo os pido que no dirijáis nuestra atención hacia la cumbre, sino a la base. No debemos recaer en la ilusión de la primera fase de la revolución, la del 9 de noviembre; no debemos pensar que cuando queramos realizar la revolución socialista bastará con derrocar al gobierno capitalista y poner otro en su lugar. Hay un solo camino hacia la victoria de la revolución proletaria.

Debemos comenzar socavando el gobierno Ebert-Scheidemann, destrozando sus cimientos mediante la movilización revolucionaria masiva del proletariado. Además, permitidme recordaros algunas de las insuficiencias de la revolución alemana, insuficiencias no superadas al cierre del primer acto de la revolución. Distamos de hallarnos en una situación en la que la caída del gobierno garantice el triunfo del socialismo. He tratado de demostrar que la revolución del 9 de noviembre fue, ante todo, una revolución política; mientras que la revolución que cumplirá nuestros objetivos ha de ser, además y sobre todo, una revolución económica. Incluso, el movimiento revolucionario abarcó únicamente las ciudades, y hasta el día de hoy no ha llegado a las zonas rurales. El socialismo sería ilusorio si dejara intacto el sistema agrario imperante. Desde la amplia perspectiva de la economía socialista, la industria manufacturera no puede remodelarse a menos que se acelere el proceso mediante la transformación socialista de la agricultura. La idea directriz de la

transformación económica que construirá el socialismo es la abolición de la diferencia y contraste entre la ciudad y el campo. Esta separación, este conflicto, esta contradicción es un fenómeno puramente capitalista, y debe desaparecer apenas asumimos el punto de vista socialista.

Si la reconstrucción socialista ha de emprenderse con toda la seriedad, nuestra atención debe dirigirse tanto al campo como a los centros industriales, y sin embargo ni siquiera hemos dado el primer paso con respecto a aquél. Esto es esencial, no sólo porque no podemos construir el socialismo sin socializar la agricultura; sino porque, aunque pensemos que ya hemos considerado las últimas reservas de la contrarrevolución, queda otra importante que todavía no hemos tenido en cuenta. Me refiero al campesinado. Precisamente porque el socialismo no los ha tocado aún, los campesinos constituyen una reserva adicional para la burguesía contrarrevolucionaria. Lo primero que harán nuestros enemigos cuando la llama de la antorcha socialista les empiece a quemar los pies, será movilizar a los campesinos, defensores fanáticos de la propiedad privada. Hay una sola manera de adelantarse a esta potencia contrarrevolucionaria amenazante. Debemos llevar la lucha de clases al campo; debemos movilizar al proletariado sin tierras y a los campesinos pobres contra los campesinos ricos. [*Fuertes aplausos.*]

A partir de aquí podemos deducir qué tenemos que hacer para garantizar el triunfo de la revolución. Primero y principal, debemos extender en todas direcciones el sistema de consejos obreros. Lo que queda del 9 de noviembre son los comienzos débiles, y ni siquiera los tenemos todos. Durante la primera fase de la revolución perdimos fuerzas que habíamos adquirido al comienzo. Sabéis que la contrarrevolución se ha empeñado en la destrucción sistemática del sistema de consejos de obreros y soldados. El gobierno contrarrevolucionario de Hesse los ha abolido totalmente; en otras partes el poder ha sido arrancado de sus manos. Entonces, no basta con desarrollar el sistema de consejos de obreros y soldados, sino que debemos inducir a los trabajadores rurales y a los campesinos pobres a adoptar este sistema. Tenemos que tomar el poder, y el problema de la toma del poder se plantea de la siguiente manera: ¿Qué puede hacer, en cada lugar de Alemania, cada consejo de obreros y soldados? [*¡Bravo!*] Esa es la fuente de poder. Debemos minar el Estado burgués, debemos, en todas partes, poner fin a la separación de poderes públicos, a la división entre los poderes ejecutivo y legislativo. Esos poderes deben unificarse en manos de los consejos de obreros y soldados.

Camaradas, tenemos un campo extenso por cultivar. Debemos construir de abajo hacia arriba, hasta que los consejos de obreros y soldados sean tan fuertes que la caída del

gobierno Ebert-Scheidemann será el último acto del drama. Para nosotros la conquista del poder no será fruto de un solo golpe. Será un acto progresivo porque iremos ocupando progresivamente las instituciones del Estado burgués, defendiendo con uñas y dientes lo que tomemos. Además, considero, junto con mis colaboradores más íntimos en el partido, que la lucha económica también estará en manos de los consejos obreros. La solución de los problemas económicos, y la expansión del área de aplicación de esta solución, deben estar en manos de los consejos obreros. Los consejos deben ejercer todo el poder estatal. A ese fin debemos dirigir nuestras actividades en el futuro inmediato, y es obvio que si aplicamos esta línea la lucha no dejará de intensificarse inmediata y colosalmente. Paso a paso, en lucha cuerpo a cuerpo, en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada comuna, todos los poderes estatales deben pasar, pieza por pieza, de la burguesía a los consejos de obreros y soldados.

Pero antes de tomar estas medidas los militantes de nuestro partido y los proletarios en general deben educarse y disciplinarse. Aun en los lugares donde los consejos de obreros y soldados ya existen, no comprenden por qué existen. [*Muy bien!*] Debemos hacer comprender a las masas que el consejo de obreros y soldados debe ser el eje de la maquinaria estatal, que debe concentrar todo el poder en su seno y que debe utilizar dichos poderes para el único inmenso propósito de realizar la revolución socialista. Todavía los obreros organizados para formar consejos de obreros y soldados distan mucho de comprender esa perspectiva, y sólo minorías proletarias aisladas comprenden las tareas que les incumben. Pero no hay razón para quejarse de ello, puesto que es normal. Las masas deben aprender a ejercer el poder, ejerciendo el poder. No hay otro camino. Felizmente, quedaron atrás los días en que nos proponíamos “educar” al proletariado en el socialismo. Parecería que los marxistas de la escuela de Kautsky siguen viviendo en esas épocas pasadas. Educar en el socialismo a las masas proletarias significaba distribuir volantes y folletos, hacer conferencias. Pero ése no es hoy el método de educar a los proletarios. Hoy, los obreros aprenderán en la escuela de la acción. [*Muy bien!*]

Nuestro evangelio dice: en el principio era el hecho. La acción significa para nosotros que los consejos de obreros y soldados deben comprender su misión y aprender a convertirse en las únicas autoridades públicas en toda la extensión del reino. Sólo así prepararemos el terreno de modo que todo esté dispuesto cuando llegue la revolución que coronará nuestra obra. Deliberadamente, y con plena conciencia del significado de estas palabras, os dijimos ayer, os dije yo en particular: “¡No creáis que las cosas serán fáciles en el futuro!” Algunos camaradas imaginan erróneamente que yo sostengo que podemos

boicotear la Asamblea Nacional y cruzarnos de brazos. Es imposible, en el tiempo que nos queda, discutir a fondo el problema, pero permitidme decir que yo jamás quise significar semejante cosa. Yo quise decir que la historia no va a facilitarnos la revolución como facilitó las revoluciones burguesas. En esas revoluciones bastó con derrocar el poder oficial central y entregar la autoridad a unas cuantas personas. Pero nosotros debemos trabajar desde abajo. Allí se revela el carácter masivo de nuestra revolución, que busca transformar la estructura de la sociedad. Es una característica de la revolución proletaria moderna que no debemos conquistar el poder político desde arriba sino desde abajo.

El 9 de noviembre fue un intento, un intento débil, desganado, semiconsciente y caótico de derrocar la autoridad pública y poner fin al dominio de la propiedad privada. Lo que nos incumbe ahora es concentrar deliberadamente todas las fuerzas del proletariado para atacar las bases mismas de la sociedad capitalista. Allí, en la base, donde el patrón enfrenta a sus esclavos asalariados; allí, en la raíz, donde los órganos ejecutivos de la propiedad enfrentan a los objetos de su gobierno, a las masas; allí, paso a paso, debemos arrancar el poder de las clases dominantes, tomarlo en nuestras manos. Trabajando con esos métodos puede parecer que el proceso será bastante más pesado de lo que imaginábamos en el primer arrebato de entusiasmo. Creo que debemos comprender con toda claridad las dificultades y complicaciones que aparecen en el camino de la revolución. Espero que en vuestro caso, como en el mío, la descripción de las dificultades enormes que debemos enfrentar, de las inmensas tareas que debemos asumir, no disminuirá el entusiasmo ni paralizará las energías. Todo lo contrario, cuanto mayor la tarea, mayor el fervor con el que concentraréis vuestras energías. Tampoco debemos olvidar que la revolución puede obrar con extraordinaria velocidad. No trataré de predecir cuánto tiempo necesitaremos. ¿Quién de nosotros se preocupa por el tiempo, mientras alcance la vida para lograr el objetivo? Bástenos tener claridad acerca del trabajo que nos aguarda; he tratado de bosquejar lo mejor posible, en rasgos generales, el trabajo que tenemos por delante.

[Aplausos tumultuosos.]